

REVOLUCION Y CAMBIO

POR

ANGEL MAESTRO

Es un hecho totalmente cierto y, por tanto, no se trata de nada especulativo, y por consiguiente discutible, sino absolutamente probado, que las revoluciones no se producen de forma espontánea, ni tampoco por la lógica explosión de la angustia y la necesidad de los más desesperados, y que, en todo caso, la justificarían por sus horribles condiciones de vida y depauperación.

No, las revoluciones se producen por el influjo de las clases dominantes, de las clases rectoras que, movidas por la utopía —muchas más veces por ésta que por otra clase de motivaciones—, quieren crear esa sociedad irreal, y que existe sólo en sus mentes, de iluminados progresistas, pero lejos por completo de la realidad y ajena a las motivaciones humanas. Esa utopía encarnada en sus mentes que les hace concebir un mundo ilusorio e inexistente.

A través de sus movimientos, planeados todos hacia la consecución de ese mundo abstracto, liberan fuerzas que luego escapan a su control, desatan instintos soterrados bajo la civilización, y ellos mismos acaban siendo devorados por esas energías que contribuyeron a poner en movimiento.

Esto ha sido así desde tiempos remotos, pero como no venimos a dar aquí ninguna sesión de historia, que no nos corresponde y que, por otra parte, haría interminable este foro, nos referiremos tan sólo como movimiento arquetípico de lo que decimos a la Revolución francesa, y a la gran revolución de octubre de 1917, cuyas consecuencias son tan innegables que hoy en día nadie puede sustraerse a ellas.

La Revolución francesa es un ejemplo claro de cómo el cambio por el cambio conduce inexorablemente a la revolución. No

el cambio, lógico en el espíritu humano y en el afán perfeccionable de toda obra. El cambio razonado que analiza los hechos y extrae soluciones, buscando siempre la mejora, o sea, la esencia del pensamiento tradicional, lejos por completo de todo inmovilismo, cual sus detractores esgrimen falazmente.

Esta es la diferencia, sustancial y básica; el cambio, una vez analizadas y sopesadas las razones para ello. Pero lejos de eso se nos ofrece el cambio por el cambio, y ello conduce inexorablemente a la revolución; más aún, ésta no sería posible sin la intervención de esos enemigos de la humanidad, así pueden calificarse, que son los utópicos.

Se produce el cambio de forma bien sencilla, y de ello Revolución francesa es ejemplo vivo. Siempre unas clases rectoras que han perdido la confianza en su misión, más aún, que no creen en ella, manteniendo superficialmente la fachada tan sólo de la misma. Al no creer en lo que dicen representar, jamás combaten a su enemigo. Muestran la tolerancia mayor con sus oponentes y, a la vez, el rigor crítico, y el actuar con dureza contra los que aún creen en lo que teóricamente defienden.

Ejemplo de un Malesherbes, que tolera y casi fomenta la agitación revolucionaria, y prohíbe aquello que puede suponer la defensa o el dique contra la misma. Las minorías ilustradas, la aristocracia decadente que considera de buen tono todo aquello que suponga cambio, y que con indulgencia, con sonrisa casi complaciente contempla el acelerado proceso y la velocidad que en el tobogán de la revolución conduce a la revolución.

Dice acertadamente el gran historiador y filósofo Pierre Gaxotte: «Repasad una revolución, en cualquier lugar y tiempo que haya sido, y veréis siempre las mismas manifestaciones, los mismos resultados, los mismos personajes, las mismas víctimas y las mismas ideas, porque el número de ideas entre las cuales puede elegir el espíritu humano es bien escaso» (1).

En efecto, da igual que contemplemos —salvando los grados de mayor o menor crudeza en sus aplicaciones— cualquier situa-

(1) Pierre Gaxotte: *La revolución francesa*, editorial Doncel, Madrid.

ción de cambio por que sí, e inexorablemente de la revolución que le sigue. Si miramos un caso sin demasiada importancia en la historia universal, pero que sí nos afecta a nosotros, vemos las causas que antes he expuesto en la caída del antiguo régimen, repetidas cual si de una fotocopia se tratase.

Una clase política que cultiva en sus últimos años —salvo honrosísimas excepciones— el cambio, porque sí, porque hay que cambiar. Pero podíamos responderles: perfeccionemos lo que tenga de perfeccionable y abandonemos lo que tenga de criticable. No, nada de eso, había que cambiar porque sí.

Los representantes de esa clase política empiezan, cada vez más, cediendo su autoridad, recurriendo de forma pertinaz y constante a la demagogia, a la complacencia con las fuerzas que históricamente fueron sus enemigos naturales, creyendo que son tan inteligentes que su salvación la tendrán en su alianza con esas fuerzas, preparando de forma inevitable la destrucción del sistema. Más tarde, cuando las fuerzas revolucionarias han sido liberadas de sus ataduras, y desbordados sus diques naturales, esos nuevos Malesherbes serán guillotinos o, en España, simplemente reducidos al ostracismo. Pero parco consuelo será eso para los que así lo vemos, si el mal ya estará hecho y sus consecuencias caerán sobre nosotros.

Siempre esos personajes, llámense Lafayette o, en nuestra patria, con los nombres que están en el ánimo de todos, parecen poseídos por un extraño y profundísimo complejo de culpabilidad, un afán, como ya he dicho en otra ocasión, de ceder en todo, de hacerse perdonar su pasado de servicio a otro sistema, en el que ocuparon puestos destacados y bien remunerados con todo tipo de prebendas. Se presentan con un utopismo mesiánico, quieren pasar a la historia cual redentores de un pueblo oprimido al que han alumbrado con la antorcha de la libertad, el progreso, la democracia, y pocos, muy pocos tópicos más, pues resultan de una monotonía verdaderamente insufrible. Los utópicos de 1812, y las necedades incansablemente repetidas por los personajes desde 1973 a 1985, resultan de una coincidencia reveladora de un parco número de temas, tópicos y lugares comunes.

Cuando vemos en España la caída del antiguo Régimen, ¡qué parecido más grande —salvando los particulares detalles de cada pueblo— con otras situaciones repetidas en distintos países, e incluso entre nosotros! Siempre esos utópicos que piensan que con ellos no se repetirán los errores del pasado, que ellos destruirán la denostada tiranía, pero a la vez que entregan al pueblo la sagrada constitución de turno —ya para siempre fija e inviolable amenazando con el espíritu, aquí sí que cada vez más totalitario, con los peores castigos a los que se atrevan a dudar de su perennidad cuasi eterna—. Consideran que con su benéfica, altruista y salvífica actuación se ha salvado también a ese pueblo de los horrores de la revolución, a la que indefectiblemente conducía la tiranía de turno anterior.

A lo largo de la historia tan ridículas y a veces tan trágicas situaciones se han repetido hasta la saciedad, demostrando que esos portavoces del cambio tienen un destino inexorable, axiomático: ser, a su vez, desplazados por las fuerzas revolucionarias. Estas, bien sea en la Revolución francesa, en los sucesos de España desde el siglo XIX, en un sinnúmero de ejemplos en Europa, y en la América de habla hispana, en la misma revolución hoy día por antonomasia, cual es la revolución bolchevique, nunca han triunfado por su propia fuerza. Nunca Robespierre o Marx se habrían impuesto en el origen del cambio sin un Felipe Igualdad, un Mirabeau, un Lafayette. Ni Lenin mismo habría triunfado sin un partido constitucional democrático —kadete—, y sin un Kerensky que lo hiciese posible. Sin la intervención de esas fuerzas utópicas convencidas de su mesianismo que les lleva al cambio, razón máxima de su existencia. La revolución por sí no es lo suficientemente fuerte nunca para estallar por el efecto de su propia fuerza, y por sí misma cambiar el curso de la historia. Ni los jacobinos en los últimos años del antiguo régimen, ni los bolcheviques a pesar del genio de Lenin, antes de 1914, podían haber transformado la historia, sin la poderosa contribución de los utópicos.

Estos piensan que su obra no será ya nunca trascendida, que está destinada a ser inmutable. Creen firmemente que el sistema

democrático asegura la perfectibilidad humana y el destino feliz de la humanidad.

No comprenden, y me temo que después de tantos siglos de errores nunca lo comprenderán, que en aplicación de sus mismas teorías nada tiene, aunque sean las Constituciones democráticas —para ellos los nuevos ídolos que han sustituido en sus predicadores la idea de Dios— por qué permanecer eterno e intangible. Estos conceptos de perennidad si son lógicos y naturales en los defensores del orden tradicional de las cosas, no sujeto a la modificación arbitraria o caprichosa de una mayoría cambiante o manipulada.

Pero para unos defensores del cambio, como razón casi básica de la existencia, no existe ninguna razón de peso, ni histórica, ni filosófica, para no suponer que las actuales democracias partitocráticas sean simplemente accidentes transitorios en la historia de la humanidad.

El afán que se nos quiere presentar, basado casi siempre en los tópicos y en los lugares comunes, nunca en los razonamientos científicos, de presentar nuestra época como la etapa superior a la que ha llegado el conocimiento humano después de milenios de soluciones cambiantes y de convulsiones sin cuento, no constituye sino una falacia.

Solamente el evidente totalitarismo que encierra el demócrata utópico puede hacer posible que él, el partidario del cambio permanente, considere que haya temas que no pueden cambiarse nunca. Es la sustitución de lo que antes comentaba: cambiar a Dios por unas ideas, que éstas sí que no pueden ser discutidas.

Así, un hombre que ejerció una nefasta influencia a finales del siglo XVIII, tanto en Francia como en los Estados Unidos, autor del libro *Sentido común*, y decisivo en la elaboración de los tan repetidos y tópicos «Declaración de los derechos del hombre», como fue Tom Paine, afirma, fuera de toda discusión, por encima de toda duda, lo que es una opinión discutible, y así corrobora las intenciones de Jefferson de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, diciendo textualmente: «Mantenemos que estas verdades son evidentes por sí mismas ...».

¡Vaya argumentación!; después de esta expresión de tan pobre razonamiento vemos un fanatismo y una radicalización a ultranza que descalifica a los autores.

Pero si todos esos utópicos fueron los causantes de las sangrientas revoluciones que cometieron los desafueros mayores, los crímenes más terribles, los utópicos del siglo xx condujeron y conducen a la revolución de consecuencias más terribles en la historia de la humanidad: la revolución marxista-leninista, que consigue no sólo la hegemonía sobre la existencia física de los ciudadanos, sino, lo que es mucho más despótico, sobre las conciencias; y lo mismo le acontece al intelectual que deja de ser una razón autónoma o núcleo pensante, sino que se convierte en un instrumento al servicio del partido, de la ideología oficial.

Por tal razón, con una perspicacia de la que no hay ejemplo en la historia, el marxismo-leninismo no sigue unas circunstancias ciegas desatadas por los utópicos, y que antes del proceso revolucionario resultaba imposible prever por donde discurriría el futuro. El marxismo-leninismo ve desde un principio esas consecuencias y trata de canalizar en su provecho la situación creada por los autores del cambio. Los jacobinos ignoraban antes de su toma del poder, que éste sería conquistado por ellos; los revolucionarios al servicio del marxismo-leninismo crean las condiciones objetivas que llevarán a su triunfo.

Cambiarán las condiciones subjetivas, pues nadie, excepto Dios, puede saber cuáles serán hasta en la más pequeña escala el curso de los acontecimientos. El comunismo no puede, naturalmente, saberlo, pero sí se anticipa al futuro, siguiendo algo que podría ser similar a la frase de Marx respecto a la filosofía hasta entonces, de que ésta era la ciencia que enseñaba a conocer la historia, pero el materialismo histórico tenía la misión de transformarla. Así, a modo del constructor de una línea férrea o de una carretera, que sabe por dónde ésta ha de ir, antes de construirla físicamente, si la conoce en sus planos y en sus proyectos. Saldrán algunas transformaciones inevitables, como las fugas de agua, la naturaleza inestable de algunos terrenos, etc. Estas serán las circunstancias subjetivas, pero las condiciones objetivas ya han

sido analizadas de sobra en los proyectos por donde la carretera o la línea férrea discurrirá. ¿Quiere esto decir que son superhombres a los que les está dado conocer los arcanos del futuro? En absoluto; son hombres normales, pero que, aplicando las consecuencias históricas, han descubierto que resulta fácil interpretar la historia, pues, como antes decía, las ideas y el desarrollo de las mismas entre las cuales puede elegir el espíritu humano es bien escaso.

De esta forma, en vez de dejar correr alocadamente la revolución sin orden ni control alguno, ellos saben que el cambio conducirá inevitablemente a la misma, que los partidarios del cambio utópicos serán reemplazados por otros más avanzados, éstos, a su vez, por algunos más extremistas, se desatarán las más bajas pasiones humanas, lo más ruin de la humanidad destruirá a esos utópicos, se caerá en un anarquismo —ejemplos Kronstad en la Unión Soviética, o en la situación de los primeros meses de la guerra de España de 1936-1939—, y ya entonces los que mejor habían previsto los acontecimientos, instauran su sistema aplastando a los izquierdistas extremos. Ejemplo otra vez: el de la aniquilación de los social-revolucionarios rusos, o el de la ultra-izquierda española representada por Nin, durante la guerra, y sobre la que en *Verbo* hemos hablado pormenorizándola.

Lenin es claro en su obra *El izquierdismo infantil del comunismo*; sabe que ese furor ciego y destructor es consecuencia de la locura innata, a las más bajas pasiones y a los aspectos más abyectos, pero después es triturado sin piedad para instalar un estado del que ¡ay! no se vuelve.

Para ello la magnífica máquina de subversión que constituye el Estado Soviético, o sea, un todo al servicio de la revolución, fomenta y desarrolla el cambio de los utópicos, pues sabe que sin esa primera etapa, al igual que sin construir un primer piso, no puede acometerse la construcción del segundo y no será posible por sus solas fuerzas el triunfo de la revolución.

La masa obrera, máxime si su situación social ha mejorado, si tiene un nivel de vida decente simplemente, y no se encuentra en la miseria, deja de constituir el caldo de cultivo necesario

para el fermento revolucionario, y necesita agentes activos que la conciencien, que despierten sentimientos de agravios dormidos. Lenin comprendió en la fundación del partido bolchevique algo que le diferenciaba sustancialmente de los mencheviques y de otros partidos de izquierda.

«El partido comunista debía constituir la élite de la revolución, que haga comprender al proletariado, si es preciso contra sí mismo, su papel histórico al frente de la revolución, un prometeico partido de acero, un superorganismo frío y omnipotente, cuyo jefe es sólo su instrumento más alto, pero no su esencia. La esencia está en otra parte, reside en el proletariado que, sin embargo, no la conoce. Para reconocerla debe entregársela al partido, el cual se la devolverá sólo después del cumplimiento de la revolución» (2).

Ese organismo tan frío, tan desprovisto de toda humanidad, ha comprendido como nadie la inexorabilidad de que el cambio por el cambio conduce a la revolución, a que el triunfo de ésta sea tan fácil y tan sencillo que no sea ya preciso siquiera la toma violenta del poder, sino que éste se toma tan fácilmente, como en la caída de la monarquía decorativa del 14 de abril, o en el hundimiento del antiguo régimen en 1975.

Naturalmente que esto no supuso la implantación de un sistema bolchevique, pero son ejemplos significativos de unos sistemas por la voluntad de los utópicos del cambio. El marxismo-leninismo impulsa, según las situaciones, la técnica gramsciana de la conquista del poder, mucho más útil en Occidente que la aplicación ciega de la toma bolchevique del mismo de octubre de 1917.

En Occidente la situación era muy diferente de la que se produjo en la URSS; en ésta la conquista del Estado era fundamental, ya que la sociedad civil se encontraba infradesarrollada, pero en Occidente existía algo superador de ese Estado total, algo que constituía un cuerpo social formando diferentes estratos de la sociedad en sus aspectos social, religioso, intelectual, algo que

(2) Enzo Bettiza: *El misterio de Lenin*, Argos-Vergara, Barcelona.

era precisamente lo que daba contenido a ese estado, y, más aún, lo que constituía la esencia misma de su propia existencia.

Sin la conquista previa de esa sociedad civil, nunca se podrá producir la hegemonía de la clase destinada a guiar y dirigir los destinos humanos, y sin dominar las estructuras de esa sociedad civil el proceso hegemónico se convertirá en algo utópico. Pero ha de quedar bien claro que dicha hegemonía ha de pasar en la sociedad occidental por un paso previo e inexcusable: la toma del poder cultural, como premisa necesaria para la conquista de dicha sociedad.

Para ello será necesario la impulsión del cambio, como factor trascendente destinado a madurar las condiciones que harán posible la revolución, pues ya hemos visto sobradamente que ésta por sí sola nunca podrá ser una realidad.

Una de las más sutiles formas de empuje del cambio es la desinformación, pues ésta ayuda a la maduración de esas condiciones que hagan posible la contrarrevolución.

Una vez más, las palabras de Lenin son tan reveladoras de por sí que hacen superfluo todo comentario: «Los comunistas deben estar preparados a hacer cualquier sacrificio y, si es necesario, a recurrir a toda clase de astucias, engaños y estratagemas para emplear métodos ilegales, para evadir y ocultar la verdad..., la parte práctica de la política comunista es incitar a un enemigo contra otro..., nosotros los comunistas debemos valer nos de un país contra otro..., mis palabras tuvieron el propósito de despertar el odio, la aversión y el desprecio, no convencer, sino romper las filas del oponente, no corregir el error del oponente, sino destruirlo, borrar su organización de la faz de la tierra..., evocar los peores pensamientos, las peores sospechas contra el oponente». Frente a esto, el panorama de los politiquillos y estadistas occidentales con sus elecciones a conto plazo, su política del momento; la prensa, con su cotillería sensacionalista, hacen temer que de no mediar la intervención divina la suerte esté ya decidida, o tal vez a través de ella sea el castigo que nos merecemos, y que parece inexorable.

Todos los servicios de un Estado dedicados a la consecución

de un fin. Sobre esto he insistido incansablemente, y así lo vengo haciendo en cuanta ocasión se presenta. Al tratar de los servicios secretos soviéticos y de su papel de punta de lanza del marxismo-leninismo, de vanguardia avanzada de la revolución, el error en Occidente es querer juzgarlos al estilo de sus afines en los Estados Unidos o en Europa. Sin ver que al igual que los ejércitos son los encargados de conservar la integridad territorial, en el universo comunista son los instrumentos que el partido utiliza con fines totalmente expansivos, sin los que perdería su razón de ser una ideología basada intrínsecamente en la expansión y la conquista. Y las tácticas como la coexistencia pacífica son meras adaptaciones a las necesidades del momento, cual fueron la paz de Brest-Litovsk en la primera guerra mundial o la aplicación de la NEP después del triunfo bolchevique en la guerra civil.

El paso hacia la revolución es la norma fundamental y básica de una idea, y para ello el cambio, so pretextos liberales, en la degradación de las costumbres, en la relajación de los valores clásicos, en el apartamiento de la religiosidad, en la aceleración, en fin, de ese cambio por el cambio, en caer en esa dinámica imparable que sin conciencia plena de sus protagonistas lleva a hacerles ver como normal tantos principios del proceso revolucionario.

Para ello, tal como antes me refería, ha jugado un papel preciso la desinformación, y en ella un hombre, miembro del KGB, que fue el general Iván Ivanovich Agayants, a quien tanto debe la desinformatsia o desinformación.

A la muerte de Agayants, y con una reorganización importante, el departamento de desinformación, existente ya desde la creación de la Tcheka, fue transformado y ampliado en el departamento A del KGB, uno de los más influyentes departamentos de dicho Comité.

El envenenamiento de la opinión pública, tal como vemos en las recientes campañas contra la instalación de proyectiles defensivos en Europa, la creciente oposición a las centrales nucleares, que hacen que a pesar de los esfuerzos encaminados a su aplicación, vital para las naciones que carecen de petróleo, como

España, el público en general asocie las mismas a la tragedia de una explosión nuclear son muestras eficaces de su actuación. Y pienso que son casi inútiles, mientras no se ataje de raíz y se expongan las causas, los esfuerzos que los científicos hagan en que las medidas de seguridad de las mismas sean casi absolutas. Las campañas de tantos pacifistas, a veces sin que ellos lo sepan, logran paralizar en toda Europa la construcción de nuevas fuentes de energía —extraña contradicción entre los pretendidamente progresistas y partidarios de toda extravagancia moderna, que sería similar a si los avanzados del siglo XIX hubiesen luchado contra el ferrocarril a favor de las diligencias, o del barco de vela contra la navegación a vapor—.

Mientras tanto, en la URSS la construcción de las mismas sigue y sigue sin tropiezos, las grandes industrias no tienen sino reparos teóricos en la alteración del equilibrio ecológico, y los representantes de los grupos ecologistas, si es que alguno existe, se encuentran en alguna institución siquiátrica.

La desinformación, a través de muy diversos canales, acopla sus métodos a las particularidades y circunstancias de los diversos países, parece que delegando en los respectivos responsables locales unas atribuciones considerables, por ser los mismos los mejores conocedores de las circunstancias específicas. Por ejemplo, en España muy particularmente, temas cual el de la OTAN, pero a nivel internacional cuando la coordinación exige las actividades en varios países, y de ello es buen ejemplo el tema de la instalación de los misiles Phershing, los proyectiles crucero y la bomba de neutrones.

En los Estados Unidos se procura influenciar muy especialmente a los obispos católicos y a la conferencia episcopal de esa nación sobre el tema del rearme nuclear y la carrera espacial. En Gran Bretaña contra la instalación de armas defensivas susceptibles de ser utilizadas contra la URSS.

En otro tipo de frente, la desinformación, a la que se dedican ingentes esfuerzos en hombres y en material, utiliza los visitantes de la URSS, especialmente políticos, periodistas, clérigos, investigadores, eruditos en los diferentes campos del saber, siempre

en general con personas que sean influyentes en sus respectivos países. Un experto en estos temas, John Barron, ha dicho que «en forma típica el KGB trata de controlar lo que el extranjero ve, al mismo tiempo que trata de persuadirle de que ve con toda libertad lo que desea. Se esfuerza por moldear sus propias conclusiones, al mismo tiempo que lo hace creer que llega a estas conclusiones por sí mismo».

La enorme diferencia entre los servicios occidentales de inteligencia, de lo que para entendernos llamamos Occidente, y los comunistas, es que los primeros se encuentran sometidos a una mera labor defensiva dedicada a la obtención de los datos clásicos de búsqueda de información o a la detención de los agentes enemigos, excepto en sitios como España, donde parece que la única misión es la vigilancia y extinción de ese peligroso ente de ficción llamado ultraderechismo; en lo demás, no parece muy acertado.

Los servicios soviéticos, muy especialmente desde que el fallecido Andropov se hizo cargo de ellos, realizaron algo mucho más eficaz que lo habitual en la casi agotada CIA —por lo menos hubo una época reciente, cercana, en que la misma casi llegó a la inutilidad, vigilada por la pureza democrática—; no se limitaron a la recogida de información y a la vigilancia sobre el enemigo. La etapa de Andropov supone una preeminencia en las actividades de la desinformación y en la influencia sobre la opinión pública occidental a través de formas muy sutiles, pero que producen efectos de éxito para la política soviética. En vez de dar primacía a los aspectos clásicos del espionaje —aun siguiendo manteniendo en éstos un nivel desconocido para lo habitual en Occidente— como puede ser la obtención de secretos militares de tecnología avanzada, la información de planes para un futuro conflicto, se carga la mano en algo más eficaz: en esa influencia sobre la opinión pública y de las clases dirigentes. Breznev es presentado como un hombre de talante abierto, amigo del diálogo, y conviene sostener su política frente a los feroces halcones. Más tarde veremos algo similar relativo a Andropov, cuando en los últimos tiempos de Breznev, ya casi moribundo, Andropov, utilizando canales de información controlados por el secretario

general, deja caer esa imagen de liberal en Occidente. Con Gorbachov, veremos esa situación idéntica.

La desinformación, la infiltración en la toma de decisiones, el eficaz impulso a esos movimientos pacifistas o ecologistas —que hoy en día marchan ya casi solos por los efectos destructores de la utopía de la sociedad occidental— se revelan armas características durante la casi quincena de Andropov al frente del KGB. Armas de una eficacia que trasciende y supera totalmente a los conceptos del espionaje o la información clásicos. Bien es verdad que Andropov no fue el inventor de ese nuevo sistema, pero sí el hombre que en la cúpula de la organización supo impulsarlo en medida desconocida hasta entonces.

Su eficacia resulta muy superior a la de poseer los planos del último submarino atómico, o los datos sobre los misiles MX, pues supone llevar a la práctica los planes del mítico estratega del siglo v a. de C., Tsun-Tsu.

El KGB es más, mucho más que un servicio de inteligencia o una policía política secreta, es la vanguardia del sistema soviético en su camino inexorable hacia el expansionismo y, a la vez, el más fiel instrumento del partido en la vigilancia de la disidencia interna, en la anulación de cualquier brote contrarrevolucionario por tímido que sea; es la identificación de la mentalidad soviética y la más eficaz instrumentalización de la teoría revolucionaria, de la revolución proletaria en el objetivo final, que será, por el procedimiento que sea, de la destrucción del sistema adversario.

Pero para su destrucción no basta con la eficacia de esos servicios, tal como antes he comentado, sino que es decisiva la actuación de aquellos que no quieren ver, y por eso el cambio por el cambio produce situaciones similares a arrojarse en el vacío con los ojos cerrados. Todos los medios españoles se asombran al igual que los internacionales, del terrorismo y de sus acciones, pero es forzoso preguntarse, una vez más, ¿por qué tanta ignorancia? ¿Por qué no querer ver dónde está la realidad de las cosas, el origen de las mismas? El terrorismo no surge espontáneamente, así porque sí. La estupidez resulta increíble, y todo se

traduce, mientras tanto, en condenar las actitudes «fascistas» de los terroristas, creen que con esa palabra —hoy en día más vilipendiada que los antiguos insultos de nombrar a los progenitores— ya está todo dicho.

El terrorismo, a través de los filtros que sean necesarios, por supuesto, obedece a un esquema global, y el mismo, tal como recientemente ha afirmado JeanF. Revel, no puede ser comprendido ni combatido en tanto que se contemple como un fenómeno aislado. «Es tan solo una parte del programa global que constituye el programa de dominación total de la Unión Soviética, un programa que incluye la superioridad militar, las doctrinas de no-interferencia exclusivamente para la prohibición de los contrarios, la infiltración de la Internacional Socialista y del movimiento de los llamados no-alineados, la utilización de la Unesco y del Consejo Mundial de las Iglesias para la difusión de su propaganda y de la desinformación..., etc. El terrorismo no es un exceso de los grupos de ultraizquierda de cada país».

Y es que cada vez resulta más evidente que el triunfo de la revolución va siendo posible no sólo por la habilidad excepcional del marxismo-leninismo, por sus gigantescas posibilidades, a cuyo estudio llevo dedicados tiempo suficiente para tener al menos cierta autoridad, sino que es el triunfo de la utopía, el que arrastra el proceso en el salto de cambio a revolución.

Son los estúpidos liberales que creen posible que ellos sí van a controlar al marxismo-leninismo, que le harán pararse en el momento en que digan basta, que creen que nadie ha habido hasta el momento tan listo como ellos, que las soluciones que proponen son inéditas. Pero no me refiero tan sólo, pues sería un ejemplo limitado, a esos pobres hombres de la extinta UCD, o a ese personaje de incultura primaria que fue el primer presidente del gobierno de la España democrática; no, no me refiero a tan pobre nivel, pues no sería sino una muestra en la que jugaría con ventaja dada la ínfima calidad del personaje. A nivel y a escala mundial los ejemplos son abrumadores desde 1917, y así, el auniverso comunista ha crecido a costa de los Kerensky, de los

(3) Jean François Revel: *Cómo terminan las democracias*, Editorial Planeta, Barcelona.

Masaryk, de los Kennedy, Carter, y tan largo etc. que sería excesivo.

Pero me temo que es inútil, la historia no les ha enseñado nada, pues en parte bajo su personalidad aparentemente, al menos de algunos, nada orgullosa, si late la soberbia implacable, el orgullo de pensar que con ellos se estrellarán los enemigos, que poseen la fórmula mágica. Cuando lo que poseen es la estulticia de aquel de los padres fundadores de los Estados Unidos, al que cuando le preguntaron cómo se corregirían los excesos y los defectos de la democracia, respondió: «con más democracia». Sería como si el médico que al ver los estragos causados en un alcohólico, le recetase más alcohol, o más azúcar al diabético.

Frente al totalitarismo más agresivo, frente a la concepción totalitaria más absoluta, y que abarca todo los conceptos de la existencia, se nos habla de los valores morales de la democracia: «¿De qué puede servir frente al totalitarismo el valor moral de la democracia, que no ha sido hasta la fecha ni encontrado ni definido? Un supuesto valor moral del que se nos habla sin lograr jamás enunciar sus características reales» (4).

El cambio, como la revolución, devora a sus hijos, pero éstos no comprenden el error de la utopía; son los partidarios ciegos del cambio por el cambio, que responden siempre con que «es necesario cambiar», sin consideraciones de ningún tipo a la realidad de las cosas, alienadas en sus mentes ilusorias e irreales. Son los que hacen inexorable el camino abierto a la revolución y los que franquean sus puertas, que sin su colaboración los revolucionarios nunca habrían franqueado.

La historia, una vez más, se repite, pero nunca en el transcurso de la misma, con las trágicas consecuencias que se derivarán esta vez para todos si se produce el triunfo de la revolución. El grado de dominio que supone el marxismo-leninismo es total y tal vez sea el castigo que el Todopoderoso tiene reservado a la civilización que se haya hecho merecedora del mismo. Confiamos en que El no nos depare tan triste destino y haga posible que las voces que claman en el desierto sean oídas a tiempo.

(4) Alberto Falcionelli: *Manual Histórico de Sovietología*, FECIE, Buenos Aires.